que tiene juicio; y así desagrada mas al Señor la caida del que él levantó y puso en pié, y le dió su luz con que viese, que las que dió primero que á Dios conociese y amase. Por tanto, señor, avise Vm. á esos caballeros nuevos del Rey celestial, que no tomen el negocio de burla, pues el castigo de la negligencia y el galardon del cuidado no se dan de burla.

Gran Señor es Dios, que quiere ser diligentemente servido; y al siervo perezoso no le dió menor castigo que echarlo, atados piés y manos, en las tinieblas de fuera; que quiere decir, excluirlo de los bienes de Dios y su casa. Y pues por privar con el Rey, y para conquistar una poca de tierra son menester cuidados, vigilias, trabajos y derramamiento de sangre, no emperecen ellos en esta pelea, pues Dios, cuya es, será su capitan, con cuyo brazo, cierto, saldrán victoriosos. El enemigo que han de vencer, la ciudad que han de conquistar, su propia voluntad es: á esta pongan delante de sí, y contra este asesten sus tiros. A este digan: Tú eres enemigo de Dios, pues quieres lo contrario de él; y por tanto eres mi enemigo, porque soy de Dios, y amigo de sus amigos, y enemigo de sus enemigos; no he de tener paz contigo, por no tener guerra con Dios; reine Dios en mí, y no mi voluntad; regirme tengo con lo que él manda, y no con lo que se me antoja.

Preguntaré á mi Dios que me enseñe su querer, y aquel será mi ley, aunque mi querer otra cosa quiera; duela ó no, determínome de atarme con Dios, pues allende de se lo deber, pues él se ató con la cruz por mí, cúmpleme llegarme á él, pues todo aquel que no se llegare acá por amor, será apartado allá de él con desamor. Cuésteme mi sangre, y no pierda yo á Dios. Y por oir de su boca: Gózate, siervo bueno y fiel; entra en el gozo de tu Señor; todo lo que se puede pasar es muy poco; que al fin es temporal todo esto, y aquello eterno; esto liviano, y aquello de peso; y por tanto digamos de corazon con David (*Salm.* 26): Una cosa pedí al Señor, y esta buscaré, que more yo en la casa del Señor en la longura de los dias. Y sea la conclusion que nunca el cielo costó caro. Nuestro Señor lo dé á Vm. y á todos por la sangre suya. Amen.

CARTA XIX.

A una persona virtuosa que tenia criados y familia: enséñale cómo ha de llevar sus faltas y los ha de corregir.

Tengo por providencia de nuestro Señor el haber caido á Vm. en suerte sufrir esa persona; porque ¿cómo se ha de cumplir lo que muchos años há le fué mostrado, que habia de padecer en todo sin sacar una pajica, si así no? Y tambien ¿cómo habia de aprender paciencia y mortificacion y humildad, sino en estas tales guerras con esa persona y con las demas de su casa? Porque, aunque tenga Vm. muchos y buenos propósitos de padecer y de mortificarse, si no hay quien los ejercite, sueño son mas que verdades: en la guerra se conoce la fortaleza; que fuera de ella todo es blasonar. Y parece ser esto así, pues que cuando algo de esto á Vm. acaece, se turba y se pone como la persona á quien corrige. En todo caso conviene ejercitar la paciencia; y no se puede ganar con quitar ocasiones; porque si dentro está la raiz, no hay sanidad de fuera, aunque parezca haberla, por no haber quien la ejercite. Haga cuenta Vm. que le envió Dios esa gente para que mortificasen la mucha viveza de Vm., y le parasen tal cual se lee haber sido aquel hijo del Rey, que, siendo injuriado del viejo de Aténas, se rió, diciendo que se reia porque él le daba de balde lo que le habia costado muchos dineros que otros le dijesen.

Acuérdese Vm. de los desprecios que hicieron á nuestro Señor, y no pare hasta holgarse de ser así tratado; y téngase por muy dichoso el dia que tal le acaeciere por dar algun placer á nuestro Señor. Santa Isabel, hija del rey de Hungría, siendo muy injuriada de muchas personas, oró por ellas con lágrimas, suplicando á nuestro Señor diese á cada una una merced por cada injuria que le habian hecho. Y respondiéle nuestro Señor que nunca oracion tan aceta le habia hecho, y que por aquella le perdonaba todos sus pecados. No es pequeño negocio vencerse un hombre, cuanto mas en lo que es inclinado. Y no es de pequeña estima delante de Dios ser despreciado de los que le habian de servir. Y esto acaeció á Job, entre otros trabajos, que su criado, llamado, no queria venir ni le estimaba. Y el Señor padeció traicion de su mismo discípulo, y deshonras y muerte de quien habia de servirlo. San Agustin dice: No penseis que viven los malos de balde en este mundo; porque Dios los tiene y sufre aquí para que se conviertan ó para que ejerciten á los buenos. No puede ser Abel quien no ejercita la malicia de Cain, ni podria haber mártires si no hay crueldad de sayones, ni se prueba la castidad si no es perseguida, ni la paciencia sino con golpes. Así que, reciba Vm. eso de la mano de Dios como muy particular merced, y agradézcasela, y aprovéchese de ella hasta que no se halle sin ella; como decia el santo Job: Compañero fué de avestruces, y hermano de dragones. Y en cómo le va á Vm. en esto, verá en qué grado está de santidad, mejor que en la dulcedumbre de la consolacion y que en los trabajos de la enfermedad; porque, como esto es tan áspero de sufrir, es á Dios muy agradable de que haya amor en nuestro corazon, para pasarlo por él.

Esto es en lo que Vm. ha de imponer su corazon. Y en lo que toca al castigar, esté avisado que no lo haga cuando el corazon está alterado, sino déjelo pasar, y despues corregir por amor, más como quien ruega, que no como quien riñe; porque este medio es muy mas eficaz para aprovechar al prójimo, que es lo que debemos pretender cuando ha errado, y no satisfacernos de nuestra injuria ó desacato que nos hicieron. Aprenda tambien á disimular cosas. Y aunque le parezca que no salen con tan buena crianza como Vm. querria, pase por ello; porque á veces se esconde nuestra ira y soberbia con decir que pretendemos que nuestro criado haga lo que debe. Cierto es el corazon del hombre profundo, y muchas veces él mesmo se engaña. Y por eso es mejor declinar á la parte de nuestra mortificacion, que á la contraria, y vezarnos á sufrir que nos hagan un sinsabor y otro, hasta que, como he dicho, nos holguemos y sintamos gran placer en ser así tratados.

Así que, convendrá disimular muchas veces; y como decia uno que está aquí, á otra persona muy viva: Señor, hágase Vm. tonto, y cuando sea menester reprehender, sea con blandura, diciendo: Catad que deseo vuestro bien, y me da pena ver que no sois el que deseo ni el que nuestro Señor quiere; y esto es lo que me da pena, mas que las faltas que me haceis; y así con blandura corregir. Y cuando esto no basta, por mejor tengo dar-

les alguna penitencia de ayuno ó cosa semejante, que herir con palo ni mano. Mas si fuese mucha la perseverancia, sufrirse ha darle con el bordon; y en todo esto ha de andar la oracion por ellos; que sin esta no hay nada hecho; y quien no entiende que tener criados es tener señores y tener á quien sufrir y por quien rogar, no sabe qué es tenerlos, ni imita á nuestro Señor ni al trato que tenia con sus discípulos. ¡Oh qué blando, qué amoroso, qué sufrido, qué orar por ellos, qué morir por ellos! Esto ha de mirar el mayor con sus menores, pues el Señor les lavó los piés y dijo: Ejemplo os he dado. Y sea la suma, que trate Vm. mas á los suyos con amor de padre, y padre amoroso, que no por rigor de señor; y que haya mucho de blandura y sufrimiento y de oracion, y algo de rigor, poco.

CARTA XX.

A un su amigo: trata de los tres grados de la virtud del agradecimiento, y animalo á la oracion.

Tres grados se suelen poner de la virtud del agradecimiento: el primero es conocer en el corazon el beneficio recibido; el segundo alabarlo y contarlo con palabra; el tercero satisfacerlo con la obra, segun la posibilidad de quien lo recibió. Y mirando yo muchas veces en el agradecimiento que á Vm. debo, me parece que de poco me remuerde la conciencia, que tendrá tercera de él; porque así como la principal parte del beneficio es el amor puro, liberal y sin interese con que se hace, así lo principal con que se debe agradecer es el mismo corazon grato y aparejado á hacer lo que pudiere con quien le benefició, para que así corresponda corazon á corazon, y haya igualdad. Que de otra manera, pagando con amor á quien no dió con amor, mas le pagan de lo que deben. Y pagando con obras solas á quien dió amor, no se le paga lo que se le debe. Y porque nuestro Señor me hace merced de poner en mi corazon tan presentes los beneficios amorosos que de Vm. he recibido, como si siempre los estuviese recibiendo, y me da conocimiento y agradecimiento de ellos, no me angustia mi pobreza en las obras, viendo tanta riqueza en el corazon; y si me dijere que este agradecimiento es muy estéril, digo que, pues yo no puedo mas, y Vm. no me hace mercedes con esperanza de retorno, creo que no parecerá pequeño el servicio, á quien ningun servicio busçaba.

Díceme que me acuerde de los hijos, que tanta necesidad tienen; digo que pongo á Dios por testigo que sí hago, y no como quiera, mas muy en particular; sino que en el no sentir allá el provecho, veo yo cuán flacas son mis oraciones; lo cual no es pequeño desconsuelo para quien no tiene otra cosa con que pagar, sino con ellas. Mas siempre ose confiar de nuestro Señor (por quien él es), mirando á la caridad que Vm. siempre conmigo ha usado, ha de satisfacer conforme á su verdad y bondad, pues ha dicho (*Matth.*, 10): *Qui recipit prophetam in nomine prophetæ, mercedem prophetæ accipiet.* Cartas no escribo tantas cuantas parece que sería razon; mas cierto lo que allí falto, en misas lo pago; y creo que es trueco que Vm. no se tendrá de él por engañado. Plega á Cristo me haga tanta gracia, que yo pueda, ántes que de esta vida salga, enseñar á Vm. con obra, cuán entrañablemente me tengo por deudor suyo en el corazon. De aquesto no mas.

Pena siento de la ida del P. Fr. Vicente, por la falta que hará. Súplase su ausencia con añadir oracion y leccion; que por cierto tengo que á quien esto sobra, de ninguna cosa siente falta. Mire, señor, cuán peligrosa está la vida, y cuánto trabajo es menester para conservar esta centellica del celestial fuego, que no sea apagada entre tantos vientos de tentaciones y entre tanta frialdad de ocupaciones como tenemos. Y si la candela se nos apaga, nos quedarémos á escuras. Líbrenos nuestro Señor de, habiendo tomado el arado del camino de Dios en la mano, tornar atras, dejando el buen camino que guia á la tierra de los vivos, y caminar á la de los siempre muertos. Líbrenos él, que es luz verdadera, de parecernos mejor la vanidad que pasa, que la verdad que para siempre dura; y escoger un breve cumplimiento de voluntad, y perder un eterno. Menester es, señor, en tiempo de tanta necesidad suplicar á nuestro Señor que nos quiera dar su verdad y su luz, para que las tinieblas, que tan espesas andan como en tierra de Egipto, no nos cieguen el corazon, y hagamos obras vergonzosas y que dén temor para el dia que todo ha de salir á luz.

Deseemos, señor, al Señor por amigo; que no hay quien sin amigo pueda vivir; que si no le deseamos, no le tendrémos; que así como no vino al mundo hasta que fué muy deseado y rogado, así no viene al alma si no se ve muy deseado y rogado; y por cierto con mucha razon, porque no es razon que se dé tal manjar á quien tiene fastidio de él. Perdido parece el bien en poder de quien no le conoce. Mal empleado estaria Dios en el ánima que, aunque le tenga delante, no se le incita el apetito á le desear y amar. ¡Oh bien sobre todo bien, y solo y suficientísimo bien! ¿Y qué le sabe bien á quien tú no le sabes? ¿En qué se deleita quien en tí no halla deleite? Por fuerza quien en tí no halla tomo, lo ha de hallar en lo que no tiene tomo, ó por mejor decir, se queda sin hallarlo en cosa; porque al apartado de tí no le puede encontrar sino falta y pobreza.

¡Oh deseo de los ángeles! ¿Y quién no te desea y se muere de hambre de tí, cumplimiento de nuestras faltas y sobrado henchimiento de los mas interiores senos y rincones de nuestras entrañas? Suspire á tí el extranjero, pues tú eres su tierra de tanto descanso. Búsquete quien algo busca, pues quien te halla pone fin en buscar otras cosas. Gócese de tí y por tí y contigo quien es amigo de gozo, pues tú solo haces el ánima tan de verdad gozosa, que así amaras las congojas y las tristezas, como un fuego infinito abrasa y deshace unas muy pequeñitas pajas. Buscarte á tí es virtud sobre toda virtud, y hallarte es bien sobre todo bien. No hay cosa que se le ofrezca á quien te busca, que le deba quitar de te buscar; porque no hay cosa que por tí dén, que no cueste, Señor, muy barato. Daban en otros tiempos de muy buena gana por tí la salud que se perdia en las cárceles, la fama que se perdia en los pregones por las calles, la honra que se perdia en las deshonras ó desprecios que en presencia se hacian á quien te confesaba, y perdian por tí hacienda, tierra, hijos y mujeres y vida; y con solo tu joya, de valor infinito, se daban por bien pagados los que tantas cosas perdian; porque tú solo eres en valor todas las cosas, y de todas pierde deseo quien á tí solo tiene; y agora, Señor, aunque no haya aquel aparejo para poder así perder todas las cosas por confesion de la fe, haylo, y muy grande, para servirte en confesion de amor.

Padecian de ántes por no perder la fe; padecen agora por no apartarse de tu voluntad; y no sé si es mas dificultoso guardar entre tantos contrarios de dentro y de fuera, visibles é invisibles, prósperos y adversos, que nos quieren quitar de tu voluntad la firmeza de obediencia y caridad, que en otros tiempos lo era entre manos de sayones guardar sin desmayo tu fe; aparejémonos á ser mártires de la caridad, pues no lo somos de la fe; y poniendo nuestros ojos en aquel que en la cruz subió tan denodado para sufrir, corramos esta carrera con alegría, en cuyo fin está Dios puesto por joya; y quitando todo impedimento, alleguemos hasta el cumplimiento de la voluntad del Señor; que áquel es el centro donde ha de reposar nuestra ánima, si en algun lugar ha de estar; llamemos cuando mal nos fuere á aquel por quien peleamos; que no hallarémos descuidado para nuestro socorro al que nos convida á la guerra y fué cuidadoso de nuestro bien con costa de su vida propia; vernos tenemos delante el acatamiento de Dios; hagamos vida que nuestra faz no sea confundida en aquel dia y para siempre avergonzada; mas llena de gloria con los que fielmente sirvieron y gloriosamente han de ser coronados. Amen.

CARTA XXI.

A un caballero amigo suyo: le enseña que los trabajos ponen esperanza á los justos y temor á los pecadores.

A Cristo gracias que ha hecho á Vm. participante en dolores, que es la prenda del cielo que mas cierta hay en la tierra, pues es la mas semejable al Señor, que del cielo decendió por darnos lumbre para que esto amásemos, y esfuerzo con su ejemplo, y gracia con su merecimiento. No le parezca á Vm. crueldad la dispensacion de las obras de Dios; que, como su galardon no es liviano, no quiere que el medio para lo alcanzar sea liviano; ni hay cosa mas ajena de ser cosa de burla y de palabras, que lo que el Señor tiene aparejado para los que le aman. Para que esto se conozca y se estime, es bien que así sean tratados los que de ello han de gozar, para que el mundo se desengañe, pensando que viviendo de burla, han de ir á gozar de galardon de verdad. Avisa el Señor á los suyos, y amenaza á los ajenos; porque á los unos dice que sientan de su galardon grandemente, pues con este rigor lo da; y á otros dice que cómo piensan escapar de las manos de su rigor, siendo enemigos, si así son tratados los hijos y hijas escogidos para grande bien. Si miramos este rayo de rigor y justicia, que son dolores, hallarémos ser grande ocasion para esperar y para temer; y en lo uno es glorificada la misericordia de Dios, y en lo otro la justicia.

Espere descanso el trabajo; tema trabajo quien acá no le tiene; porque, como en cualquiera persona, por justa que sea, haya muchas cosas que merezcan castigo, aunque no de infierno, y este hase de dar si no se purga con tan grande exceso de amor, que la contricion valga por castigo, como en la Magdalena y otras; claro es que aquí ó en purgatorio será menester pasar por fuego; y aunque los que no tienen aquel grande amor de Dios, que causa grande dolor, que vale por la satisfaccion, les parezca que se les hace agravio en ir ellos salvos por fuego y los otros sin él, están muy engañados en esta cuenta; porque el amor grande de Dios en la tierra, donde Dios es ofendido, causa mayor dolor que los que Vm. tiene; y en esto se ve ser así, cuando quien á sí ama tomaria de buena gana lo que Vm. tiene porque le quitasen su dolor. Y de esto no nos debemos espantar, pues hay personas que por no verlos pasar á Vm., lo pasarian ellas, en señal que da mas pena el amor que uno tiene, que el dolor que pasa otro. Y si Vm. ama á una persona mucho, no querria que á él se le quitasen los dolores, si habia de ser con condicion que se le pasasen á ella, en señal que le dolerian mas en ella, que le dolerian en él.

Pues si esto puede el amor de la criatura, ¡cuánto mas lo podrá el amor del Criador, infundido por el santísimo Espíritu del Señor, que excede á toda otra fuerza! Y así es grande verdad que así ó así no hay quien escape de padecer para ir á gozar; y quien de esta ley se quejase, quéjese de ser hombre y porque no le hicieron ángel; y quéjese de la justicia y razon, pues toda ella pide que la virtud ha de ser con trabajo, y á esta corresponde el galardon. Mas, ¡oh Señor! ¿Y quién osará quejarse de tí porque lo tratas con rigor, pues luego le atapas la boca con que así amaste al mundo, que á tu Unigénito diste para que á poder de trabajos, dolores y muerte que de él cargase el mundo, evitase los del infierno, y gozase del cielo? ¿Quién, Señor, se osará quejar viendo reciamente tratados á tus mas amados, y que andan á porfía en tu palacio los favores y los dolores, y que digan, mandándolo tú, á uno de tus favorecidos: Porque eres acepto á Dios fué necesario que la tentacion te probase? Pues si con esta carga das tu gracia, amor y cielo y á tí mismo, no nos quejemos, no, del contrapeso, pues es Dios. No deje Vm. caer el corazon debajo de los trabajos; mas acuérdese que algun dia deseó hacer y pasar algo por Dios.

No es Dios sordo á las hablas de nuestro corazon; él dió á Vm. lo que él por mejor estimaba; y si agora le parece recio, confíe de quien lo envia, que dará fuerzas para lo llevar. Acabarse ha lo que duele; sucederá lo que dará descanso; y no será aquello como esto, sino, sin comparacion, mayor. Y si Vm. dice que renunciaria aquello por no pasar esto, no es bien dicho ni de corazon generoso, el cual mas quiere verse en peligros y trabajos por la virtud, que estarse ocioso sin ejercicio; y no es bien que, teniendo Vm. el corazon tan esforzado para las guerras del emperador, lo tenga flaco para las de Dios. No le piden acá que rija un ejército entero como capitan general, sino que lleve bien la carga de su pica y dé buena cuenta de su lugar; no sea cobarde Vm. en lo ménos, pues tiene camino para lo mas; métase todo en la pasion del Señor, y aprenda en lo que pasa, lo mucho que el Señor pasó y el grande amor que le tuvo, pues pudiéndolo redimir por otra via, no quiso sino á costa de dolores, y muy recísimos; y así es que, como él en una hora amaba mas á su Padre que todos los hombres juntos, así en una hora pasaba mas dolores que todos los hombres, y en toda la vida de ellos no hubo amor igual al suyo, ni dolor.

Esfuércese Vm. á querer pasar algo por él; no sea esclavo, pues le quiere y trata por hijo; que el padre á su hijo azota, y Vm. lo está, y por esto se puede tener por hijo. Ame á su Padre, salga ya de sí y dése á Dios; dígale: Señor, seguir os quiero, aunque por dolores; esta ofrenda os quiero ofrecer; no os quiero dar cosa de poco precio, sino que me cueste mi sangre; porque me digais como á Abrahan (*Gen.*, 22): *Quia fecisti hanc rem, et non pepercisti unigenito tuo propter me.* Mire, si Dios agradece á un hombre que da su hijo por él, cuánta razon es que el hombre agradezca que Dios dió el suyo por él; y aquel solo lo agradece, que en recompensa da á Dios su propio hijo, que es lo que mas en su corazon le duele, para que se pase, porque Dios lo quiere. Mire Vm. este dechado del amor que Dios le tuvo; mas sea para sacar de él que, como le diéron sangre y dolores, dé él lo mismo; que, cierto, si así responde á los dolores, él responderá á los dolores de Vm. con tal galardon, que se agrade mucho de haberlos pasado; y aunque la carne no crea esto, la fe supla la falta; que cantar tiene Vm.: *Lætati sumus pro diebus quibus nos humiliasti: annis quibus vidimus mala.* Así sea. Amen.

CARTA XXII.

A un su devoto que le pidió cómo sería bueno: enséñale se aperciba para trabajos, y el fruto que traen.

Recibí vuestra carta, y digoos verdad que, si no fuese porque yo tan pocas veces os escribo, por mis ocupaciones, yo os rogaria muy mucho que muy á menudo me escribiésedes, porque recibo mucho gozo en saber de vos y de vuestra casa. Mas, pues tanto yo os debo en otras cosas, no dejeis de echarme tambien en esto cargo; que todo lo pagará nuestro Señor. Huelgo que me pedis que os escriba con qué seais bueno; porque mucho tiene andado el camino el que lleva buena gana de lo andar. Mas mirad no sea como á muchos acaece, que el saber la voluntad de Dios no les sirve de ponerla en obra, mas de obligarlos á mayor pena; porque, segun dice el Señor (*Luc.*, 12), el siervo que supiere la voluntad de su señor y no la hace, será azotado con muchos azotes. Por eso no se obliga á poco quien pide ser enseñado en el camino de Dios; y creo yo que la intencion con que vos lo pedis, no es otra sino para poner en obra lo que se os dijere, y por eso es mucha razon que se os diga.

Hermano, las buenas obras son en dos maneras: unas son exteriores, así como rezar, ayunar, dar limosna, no jurar, no mentir, no murmurar, no hacer mal al prójimo, no le enojar, y otras semejantes obras. Otras hay que están en lo dentro de nosotros, que son un corazon encendido en amor de Dios y del prójimo, un profundo sentimiento de nuestra indignidad, un entrañable agradecimiento á las mercedes de Dios, una reverencia que á la divina Majestad tenemos, que nos tornamos delante de su grandeza como si fuésemos nada, con otros muchos sentimientos interiores que decir no se pueden. Las primeras buenas obras de fuera son mas lijeras de hacer, y es muy de culpar el hombre que en ellas es flojo; porque el que en lo ménos es perezoso, ¿cómo será cuidadoso en lo de mas? No tiene razon para quejarse que no le da Dios cosas mayores, quien no es para refrenar su lengua, y tener á raya su cuerpo y ejercitarlo en buenas obras.

El templo de Dios tenia un portal en el cual entraban los legos, y otro mas interior donde no entraban sino los sacerdotes; y así el oir misa y honrar á los mayores, no hacer mal ni decir mal, con otras semejantes obras, comunes son á los cristianos que son amigos de Dios y á los que no lo son. Mas el corazon lleno de fe y de caridad, este es el propio don de los amigos de Dios y que distinguen entre los hijos de perdicion y de salvacion. Y así como por el primer portal entran al segundo, así por estas buenas obras primeras van á este santo corazon, no porque estas buenas obras engendran á este corazon, que sola la gracia de Dios lo da; mas porque á los que hacen, segun su propia flaqueza, lo que en sí es, corresponde nuestro Señor conforme á su grande misericordia. El corazon nuevo, así como es la cosa que mas nos cumple tener, así es la cosa que ménos nos cumple pensar que la podemos tener de nosotros. No es fiel quien no cree que Dios le dió el sér que tiene, ni tampoco lo es quien piensa que otro que Dios le puede dar el ser bueno, pues que es mejor el buen sér, que el solo sér. Y los que piensan que por su saber ó poder han de alcanzar este don, á cabo de muchos trabajos pasados y muchos caminos andados y probados, hállanse estar mas léjos, cuanto mas cerca pensaban estar.

Por abatirnos y despreciarnos alcanzarémos lo que deseamos, mas que por otra porfía soberbia. Dios es muy alto; mas á las cosas bajas miran sus ojos en el cielo y en la tierra. Y en balde trabajó por le agradar, quien por otra parte que por abajarse lo procura. Ya vino el Hijo de Dios á la tierra, y nos enseñó en su vida y palabras el camino para ir al cielo, y este camino es humildad, segun él lo dijo (*Luc.*, 14): El que se abajare será ensalzado. Hermano, pues, si quereis que Dios os dé corazon nuevo, enmendad primero vuestras obras, y despues sentir vuestras faltas, reprehender vuestras culpas, no alivianeis vuestras tachas, juzgáos en verdad y no os ciegue vuestro amor; y sintiéndolas, no las olvideis; mas ponedlas delante los ojos, y presentáos á Jesucristo, Salvador y médico nuestro, y lloráos delante de él; que sin falta él os acallará. No hay armas tan fuertes como lágrimas de niño para su padre; ni hay cosa que así nos haga victoriosos delante de Dios, como llorarnos delante de él y quejarnos de nosotros á él, no para que haga justicia, mas misericordia.

Llamad, que no lo habeis con sordo; presentadle todas las llagas que en vuestra alma sintiéredes, que no lo habeis con ciego; contadle vuestras miserias, que piadoso es para os remediar; confesad y comulgad, y llegándoos al Señor, sentiréis derretirse vuestra ánima, de suave dulzor, y diréis: ¡Cuán grande es la grandeza de tu dulcedumbre, Señor, que abscondiste á los que te temen! Mas mirad que cual sintiéredes ser el Señor con vos, así tened cuidado de ser vos con vuestros prójimos; que de otra manera hallaréis á Dios desabrido, si el prójimo os halla así á vos. Ya sabeis su firme sentencia, que con la medida que midiéredes os ha él de medir. Pues no seais vos corto, porque Dios no lo sea con vos. Por una cosa que vos perdonais, seréis de él perdonado en muchas. Por poco que vos sufris, os sufre él muchas cosas. Dais poco, recibis mucho, por tanto esforzáos de guardar con mucho cuidado la ley de la caridad; que en ella está vuestra vida. Veis aquí, hermano, cómo habeis de vivir, en breves palabras dicho: Tened cuidado de encomendar vuestras palabras y obras. Y usad la oracion, pidiendo á Cristo corazon nuevo y derecho, y no haciendo contra vuestros prójimos cosa que les sea cargosa, ántes todo el buen tratamiento de palabra y obra que vos pudiéredes. Y así haréis lo que debeis para con vos, y para con Dios, y para con el prójimo.

Haced esto, y viviréis con que sepais que si habeis de ser amigo de Dios, que os aparejeis á sufrir trabajos; que si esto no hay, ¿qué es el bien que uno tiene sino ciudad

sin muros, que al primer combate es vencida? La paciencia es el escudo de las otras virtudes; y ella faltando en un rato, perdemos trabajos de muchos dias. Y por eso nos amonesta nuestro Maestro y Redentor; en vuestra paciencia poseeréis vuestras ánimas; que esta faltando, no somos nuestros; porque así roba el juicio la ira, como el beber vino. Haced el corazon fuerte para sufrir trabajos; que sin pelear no podeis gozar de victoria, y no se dará la corona sino á quien venciere: no os parezcan grandes vuestros trabajos; que para lo que merecemos, y para lo que Jesucristo nuestro Señor pasó, y para el galardon que por ellos nos será dado, muy chicos son. Acordáos que presto saldrémos de este mundo, y todo lo pasado nos parecerá una breve sombra, y estimarémos por mejor el trabajo que el descanso. Sabed vos aprovecharos de las penas, que gran tesoro traen al ánima (*Sap.*, 3). Apúranla de los pecados pasados; porque lo que es el fuego para el oro, es la tribulacion para el justo, porque le dará muy apurado; mas los malos quedan mas sucios; porque en lugar de ser agradecidos á Dios, quéjanse de él, y en lugar de ser mejores con el azote, hacen pecados con los trabajos, y pierden lo que pudieran ganar, y ganan el infierno con mucho trabajo. Vos, hermano, no así; mas estad mas fuerte, miéntras mas probado.

En las tribulaciones prueba Dios á los suyos; y quien no es probado, no será coronado; porque, segun dice Santiago (*Cap.* 1), bienaventurado el varon que sufre la tentacion, porque cuando fuere probado recibirá corona de vida, la cual prometió Dios á los que le aman. ¡Oh si entrase en nuestro corazon el valor de esta corona, y cuán de buena gana seríamos atribulados agora! Oh si pensásemos de corazon cuán alegres están agora y estarán para siempre los que un poco lloraron acá! Hasta la tierra nos abatiriamos con deseo de ser en el cielo ensalzados, y los placeres de acá desechariamos, aunque nos los diesen; porque con la esperanza de aquellos perderiamos estos. Presto se descubrirá la vanidad de este mundo, y aparecerá el reino de Dios. Vivid agora como extranjero; y teniendo acá vuestro cuerpo, tened vuestro corazon allá, para que cuando el Señor os llamare no os halle durmiendo, mas aparejado para ir con él y para oir aquella dulce voz: Siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor.

CARTA XXIII.

Para unos amigos suyos, enseñándolos á vencer sus enemigos, carne, mundo y demonio.

Amados Hermanos en Jesucristo: La paz de nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vosotros. Despues que de vuestra presencia me partí, siempre os he tenido en mi memoria presentes; porque el amor que os tengo no me consiente otra cosa. Amáos para Dios, nuestro Criador y Redentor, pues que ya una vez os distes á él, y yo fuí el testigo de ello; y por tanto querria que no os arrepintiésedes de haberos ofrecido á Dios, pues él se ofreció á la muerte por vos. Combates tendréis, y no muy pequeños; porque nuestros enemigos muchos son, y muy crueles; por tanto no os descuideis, si no, luego sois perdidos. Y si los que velan aun tienen trabajo en guardarse, ¿qué pensais que será á los descuidados, sino ser del todo vencidos? Acordáos que el placer que el pecado nos ofrece es poco y sucio y breve, y el dolor que despues queda es muy grande, y la pérdida que nos viene mayor. ¿Qué dolor, por grande que sea, puede ser igual con la pérdida que es perder á Dios? ¡Oh cosa para temblar solo en oirla, que si amamos al pecado no tendrémos parte en Dios! Quien á esto no despierta, muerto está, no dormido.

Miremos pues cómo vivimos, que en breve parecerémos delante de Dios á dar cuenta de nuestra vida; no nos engañe la suciedad de la carne, la vanidad del mundo, la astucia del demonio; mas miremos á Jesucristo puesto en la cruz, y verémos atormentada su carne, y deshonrado del mundo, y vencedor del demonio. ¿Y quién siguió á Cristo que fuese engañado? Ninguno por cierto. No apartemos pues nuestros ojos de él, si no queremos tornarnos ciegos; no parezca que le tenemos en tan poco, pues que muriendo por nos, no le queremos mirar; por eso murió, porque nosotros nos esforzásemos, mirando á él, para morir á nuestros pecados. Muera ya pues en nosotros el viejo hombre, pues murió por nosotros en la cruz el nuevo hombre, que es Cristo. Lleguemos á él nuestras llagas, que con las suyas serán sanas. Y si el apartarnos de nuestros pecados nos parece penoso, muy mas le fué á él apartársele el ánima de su cuerpo cuando murió para que nosotros para siempre vivamos.

Ea pues, cobremos ánimo para seguir á tal Capitan, pues que él va adelante, nosotros en el hacer, y él en el padecer. Crucifiquemos nuestra carne con él, para que ya no vivamos segun sus deseos, mas segun el espíritu que da vida. Si el mundo nos persiguiere, escondámonos en sus santas llagas, y sentirémos las injurias por tan suaves como una acordada música que nos dan, y las piedras nos parecerán perlas preciosas, y las cárceles palacio, y la muerte se nos tornará vida. ¡Oh Jesus, y qué fuerte es tu amor, y cómo todas las cosas convierte en bien! Cierto, quien de tu amor se mantiene no habrá hambre, no sentirá desnudez, no echará ménos cuanto en el mundo hay; porque poseyendo á Dios por el amor, no le falta cosa que buena sea. Tomemos ¡oh muy amados hermanos! deseo de ir y ver esta vision, cómo arde la zarza, y no se quema, quiero decir, cómo los que aman á Dios, en las injurias no sienten las injurias, en la hambre están hartos; desechados del mundo, no se afligen; tentados del fuego carnal, no se queman; hollados, están en pié; parecen pobres, y están muy ricos; feos, y son hermosos; extranjeros, y son ciudadanos y muy familiares á Dios. Todo esto y mas hace el noble amor de Jesus en el corazon donde se aposenta.

Ninguno puede venir á esto si no se descalza los zapatos, que son sus afecciones mortecinas, que nacen del amor propio, que es la raiz de la muerte, como el amor de Dios es causa de vida. La tierra santa no sufre zapatos, ni la vida espiritual los deseos del propio amor; quien á Cristo ama, á sí se ha de aborrecer; quien á Cristo no quiere ser cruel, no sea á sí piadoso; los que son dulces á sí, amargos son á Cristo; y los que á sí miran, no pueden mirar á Cristo. Démos pues nuestro todo (que es chico todo) por el gran todo, que es Dios. Dejemos de seguir nuestra tuerta voluntad, y sigamos con diligencia la de Dios. Tengamos todas las cosas por estiércol, por ganar la perla preciosa, que es Cristo; y por verle en su gloria hermoso y gozoso, abracemos acá su deshonra y trabajo. Cierto, no va engañado quien tal trueque hace; porque, cuando aparezca Dios con sus

santos, y venga á dar á cada uno segun sus obras, entónces parecerá locura lo que agora es tenido en mas precio, y llorarán los que agora gastan su vida en deleites. Y solo aquel será conocido de Cristo, que siguiere su santa voluntad.

¡Oh cuánto será el gozo de los buenos entónces, cuando, honrados por Dios, se asienten en las sillas aparejadas *ab æterno*, y juntos con los coros angélicos alaben á Dios su señor! Oh cuánto será el gozo de aquellos que han de ver al Rey en su hermosura, en el cual contemplando estarán tan contentos, que ningun seno les quedará que no rebose de lleno de aquel licor y bálsamo que crió todos los buenos licores, al cual comparada toda hermosura, es fealdad, y la luz del sol es tiniebla, y los grandes deleites son amargura; y por no decir cada cosa por sí, todas las cosas juntas, en comparacion de esta cosa no son cosa, ni por alguna se deben de contar! Oh Dios, que eres todas las cosas, y ninguna de ellas, porque eres sobre todas ellas! ¿Y cuándo ha de ser el dia que te hemos de ver? Cuándo se ha de quebrar este vaso de barro que tanto bien nos impide? Y cuándo se romperán estas cadenas que no nos dejan volar á tí, descanso verdadero de los que descansan?

No miremos, oh hermanos, á otra parte, sí á Dios no: llamémosle á nuestro corazon, y tengámosle allí muy apretado con nos, porque no se nos vaya. ¡Oh tristes de nosotros! ¿Qué harémos sin él sino tornarnos en nada? Echemos ya atras esto que tan adelante traemos, y comencemos ya á gustar algun dia cuán suave es el Señor: corramos tras aquel que corrió á nosotros desde los cielos para llevarnos allá. Vamos á quien nos llama, y con tanto amor, desde lo alto de la cruz, despedazada su carne y quemada con fuego de amor, para que mas sabrosa nos sea. ¡Oh si comiésemos, oh si nos quemásemos, oh si nos transformásemos, oh si nos hiciésemos un espíritu con él! ¿Qué nos detiene, qué nos estorba, qué nos engaña, que no nos lleguemos á Dios? Si es nuestra carne, refrenémosla; si es nuestra honra, despreciémosla; y si es nuestra hacienda, echémosla si pudiéremos; si no, tengámosla con estiércol, entendiendo en ella con diligencia y sin amor de ella. Si es la mujer, dice S. Pablo (1 *ad Corinth.*, 7): Los que tienen mujeres sean como si no las tuviesen; si los hijos, querámoslos para Dios; y si otra cualquier cosa, digámosle, y con lágrimas: No me apartes de mi Dios. ¡Oh si tanto llorásemos por Dios, que de aquella agua se encendiese fuego que quemase todo aquello que de Dios nos aparta! Las lágrimas nos lavarian, y el fuego nos quemaria, y seríamos animales santos todos ofrecidos á Dios.

¡Oh fuego de Dios, que consumes nuestra tibieza, y cuán suavemente ardes, cuán sabrosamente quemas y con cuánta dulcedumbre obras! Oh si todos y del todo ardiésemos por tí! Entónces dirán todos nuestros huesos: Señor, ¿quién es semejable á tí? Porque del fuego del amor tuyo naceria conocimiento de tí, pues que quien dice que te conoce como te ha de conocer, y no te ama, es mentiroso. Amémoste pues, y conozcámoste por el conocimiento que de amarte resulta; y tras esto venga el poseerte, pues tan ricos son los que te poseen, y poseyéndote á tí, seamos poseidos de tí, y así nos empleemos en alabarte, pues toda la virtud de los cielos te alaba y confiesa por Dios trino y uno, rey infinito, sabio y poderoso, bueno, hermoso, perdonador de los que á tí se llegan, glorificador de los que te sirven, y Dios de cuya perfeccion no hay fin; porque eres sobre todo entendimiento, sobre toda lengua, y de tí solo eres del todo conocido. A tí solo sea gloria en los siglos de los siglos. Amen.

CARTA XXIV.

A un devoto siervo de Dios: encarécele lo que importa la humildad.

De cætero frater confortare in Domino, et in potentia virtutis ejus (*ad Eph.*, 6); que fiel es el que nos llamó, no para dejarnos en el medio camino, sino para llevarnos al fin de todas las cosas. Y aunque habrá enseñado á esos sus siervos cuán grande es la virtud de la humildad, para que Dios repose el ánimo, no me impute á mal que por mi indigna boca se lo encomiende y reencomiende. ¡Oh Señor, y cuántos que bien caminaban han sido descaminados por faltarles esta virtud; y lo que peor es, que yendo fuera del camino, piensen que van en él! ¿Qué remedio queda al miserable que tiene ciego el mismo ojo con que ha de ver sus defectos, y que tiene enfermedades en la parte que habia de ser cura de todas las enfermedades? Tiemblo en pensar esto.

Que no sé por dónde ó cómo entra tan delicada soberbia, que sintiendo un hombre que todo el bien que tiene es de Dios, y que de sí no tiene sino pecados, con este sentido lleno de soberbia, que baste á desagradar á Dios. Verdaderamente debemos temblar *in conspectu Domini*, y no sentir maravillosas cosas de nosotros, ni tener en poco á quien camina por donde á nosotros nos parece; porque este negocio mas consiste en hallar gracia delante los ojos de Dios, que en tener muchos dones; que á las veces pueden estar sin gracia ó con ménos gracia, y ser mas cuerpo que espíritu, y riquezas humanas ó dones gratuitos dados á los hijos de las concubinas, que prenda de la heredad que se da á los hijos. Señor, humillemos *ex toto corde animas nostras*; escarmentemos en tantos que parecian altísimamente caminar, y el fin declaró que fué principio para mayor caida, y no alteza debida delante los ojos del altísimo Dios. No es daño que nos tengamos á raya, aunque algo se excediese en sentir ménos de nuestros dones que sería razon; mas es muy gran daño si un poco excedemos. Por eso nos está aconsejado (*Luc.*, 14): *Recumbe in novissimo loco.* S. Agustin, aconsejando *quæ est via ad cœlum*, dice: *humilitas.* Y si otra vez me preguntáredes, responderé lo mismo; y si otra vez y mil, no responderé sino *humilitas.* Y esta, como digo, no es sentir solamente que todo el bien es Dios, y el mal nuestro, sino otro sentido allende de este, el cual yo sé poco sentir, y de lo que siento sé ménos hablar.

Ruego á Jesucristo que él lo enseñe á todos; porque tengo por cierto que ninguna persona lo sabrá enseñar, ni el hombre que en esto está cerrado lo sabrá tomar, si por particular merced de Dios no se abren á esto los ojos, *expertus loquor.* Tanto los siervos de Dios duraban en lo comenzado, cuanto esta, modesta y pacífica y que de sí poco siente, humildad, los durare; porque por faltar ella se han ido todos los edificios que parecian ir buenos, y adonde ella está tiene puestos Dios sus ojos. *Gratiam tecum et fratribus meis tecum commorantibus.*